

Simone

El accidente poco grave de Simone fue seguido de un período apacible. Ella seguía enferma. Cuando venía su madre, yo me ocultaba en el cuarto de baño. Aprovechaba para mear o bañarme. La primera vez que aquella mujer quiso entrar, su hija se lo impidió.

—No entres —dijo—, hay un hombre desnudo.

Simone no tardaba mucho en deshacerse de ella, y yo recobraba mi lugar en la silla al lado de la cama. Fumaba, leía periódicos. A veces cogía entre mis brazos a Simone, caliente de fiebre; hacía pipí conmigo en el cuarto de baño. Luego, la lavaba con cuidado en el bidé. Ella se encontraba débil y, por supuesto, yo no la tocaba mucho tiempo.

Pronto se aficionó a hacerme tirar huevos en la taza del retrete, huevos duros, que se hundían, y huevos vaciados, más o menos huecos. Ella permanecía sentada mirando aquellos huevos. Yo la sentaba en el retrete: por entre sus

piernas ella los observaba debajo del culo; finalmente, yo tiraba la cadena.

Otro juego consistía en romper un huevo en el borde del bidé y vaciarlo debajo de ella; a veces meaba ella sobre el huevo y a veces me quitaba yo los pantalones para sorberlo en el fondo del bidé; ella me prometió hacer lo mismo delante de mí y luego delante de Marcelle, cuando se recuperase del todo.

Al mismo tiempo imaginábamos acostar a Marcelle con las faldas levantadas, pero calzada y vestida, en una bañera a medio llenar de huevos sobre los que ella haría pipí a medida que fuera aplastándolos. Simone soñaba también que yo cogía a Marcelle desnuda en mis brazos, con el culo en alto, la cabeza abajo y las piernas dobladas; ella misma, vestida con una bata empapada de agua caliente y pegada al cuerpo, dejando desnudos los pechos se subía a una silla blanca. Yo enervaría sus pechos metiendo los pezones en el cañón de un revólver reglamentario cargado y recién disparado, cosa que, de entrada, nos inquietaría y, luego, daría al cañón el olor de la pólvora. Entretanto, ella derramaría desde lo alto y dejaría deslizar nata líquida sobre el ano gris de Marcelle; orinaría también en su bata o, si la bata se abriera, sobre la espalda o la cabeza de Marcelle en quien, por el otro lado, también yo podría mearme. Marcelle me inundaría entonces, por-

que tendría mi cuello apretado entre sus muslos. También podría hacer entrar mi verga orientante en su boca.

Tras tales sueños es cuando Simone me suplicaba que la acostara sobre unas mantas cerca del retrete sobre el cual inclinaba su rostro, descansando los brazos sobre los bordes de la taza, con el fin de fijar sobre los *huevos* sus grandes *ojos* abiertos. Me instalaba junto a ella, y nuestras mejillas y nuestras sienes se tocaban. Una larga contemplación nos serenaba. El ruido de deglución al tirar la cadena divertía a Simone: escapaba entonces a la obsesión, y volvía su buen humor.

Un día, por fin, cuando el sol oblicuo de las seis iluminaba el cuarto de baño, un huevo a medio vaciar se llenó de pronto de agua y, tras producir un extraño ruido, naufragó ante nuestros ojos; este incidente adquirió para Simone un sentido extremo: se tumbó y gozó largamente sorbiendo, por así decirlo, mi ojo entre sus labios. Luego, sin abandonar aquel ojo tan obstinadamente chupado como un pecho, se sentó acercando mi cabeza y orinó sobre los huevos flotando con un vigor y una satisfacción manifiestos.

A partir de entonces, podía considerarla como curada. Ella manifestó su júbilo hablándome largamente de temas íntimos, cuando no acostumbraba hablar ni de ella ni de mí. Me

confesó sonriendo que, un instante antes, había sentido ganas de aliviarse del todo; se había retenido para obtener un placer más duradero. En efecto, el deseo le tensaba el vientre, sentía su culo hincharse como una flor próxima a la eclosión. Mi mano estaba entonces en su hendidura; ella me dijo que había permanecido en el mismo estado, lo cual era infinitamente placentero. Y, al preguntarle yo en qué le hacía pensar la palabra orinar, me respondió *Burilar*, los ojos, con una navaja, algo rojo, el sol. ¿Y el huevo? Un ojo de ternera, debido al color de la cabeza; además, la clara era el blanco del ojo, y lo amarillo la pupila. Según ella, la forma del ojo era la del huevo. Me pidió que, cuando saliésemos, rompiera a tiros huevos en el aire, al sol. La cosa me pareció imposible, pero ella me lo discutió, dándome razones satisfactorias. Jugaba alegremente con las palabras, diciendo unas veces *romper un ojo* y otras *aplastar un huevo*, manteniendo razonamientos insostenibles.

Añadió que el olor del culo, de los pedos, era para ella el olor de la pólvora, y un chorro de orina «una detonación vista como una luz». Cada una de sus nalgas era un huevo duro pelado. Nos hacíamos traer huevos semiduros, sin cáscara y aún calientes, para la taza del retrete: ella me prometió que pronto se correría del todo sobre aquellos huevos. Tenía aún

su culo en mi mano, en el estado en que ella me había dicho, cuando, tras aquella promesa, un huracán se formó en nosotros.

Es preciso decir también que un cuarto de enfermo es un lugar apropiado para reencontrar la lubricidad pueril. Chupaba el pecho de Simone en espera de los huevos semiduros. Ella me acariciaba la cabeza. Su madre nos trajo los huevos. No me volví. Tomándola por la criada, continué. Cuando reconocí su voz, tampoco me volví, incapaz de renunciar siquiera un instante al pecho; me quité los pantalones como lo habría hecho para satisfacer una necesidad, sin ostentación, pero a la vez con el deseo de que ella se fuera y con el júbilo de exceder los límites. Cuando ella abandonó el cuarto, empezaba a anochecer. Encendí el cuarto de baño. Simone sentada sobre la taza del retrete, comimos un huevo caliente cada uno; acaricié el cuerpo de mi amiga haciendo deslizar los demás huevos sobre ella y, sobre todo, en la hendidura de las nalgas. Simone los miró un tiempo sumergidos, blancos y calientes, pelados y como desnudos debajo de su trasero; ella continuó la inmersión con un ruido de caída análogo al de los huevos semiduros.

Es preciso decirlo aquí: nada de este tipo tuvo lugar a partir de entonces entre nosotros; *con una u otra excepción*, hemos dejado de hablar de los huevos. Si veíamos alguno, no po-

díamos mirarnos sin sonrojarnos, con una turbia interrogación en los ojos.

El fin del relato mostrará que esta interrogación no permanecería sin respuesta, y que la respuesta estaba a la medida del vacío abierto en nosotros por nuestros pasatiempos con los huevos.

Marcelle

Simone y yo evitábamos toda alusión a nuestras obsesiones. La palabra huevo fue borrada de nuestro vocabulario. Tampoco hablábamos del placer que nos producíamos el uno al otro. Menos aún de lo que Marcelle representaba a nuestros ojos. Mientras duró la enfermedad de Simone, permanecemos en aquel cuarto, esperando el día en que podríamos volver a ver a Marcelle, con los mismos nervios que, en la escuela, precedían nuestra salida de clase. Sin embargo, a veces imaginábamos vagamente aquel día. Preparé un cordel, una soga con nudos, y una sierra para metales que Simone examinó con cuidado. Recuperé las bicicletas abandonadas en una maleza, las engrasé cuidadosamente y fijé a la mía un par de estribos, pensando llevar detrás de mí a una de las jóvenes. Nada sería más fácil, al menos durante un tiempo, que hacer vivir a Marcelle en el cuarto de Simone, como yo.

Transcurrieron seis semanas antes de que Simone pudiera seguirme a la casa de reposo.